"Magón", o la sorpresa de las palabras

Por *Alfredo CARDONA PEÑA*

(En *El Nacional* de México. Envío del autor, en México. D. F.)

Llega, después de años de olvido, un recuerdo de mocedad: el libro de cuentos de Manuel González Zeledón (1864-1936), que popularizó el seudónimo "Magón" y entregó al folklore de América el secreto del "tico" de mediados de siglo pasado o mejor del "concho", ese campesino con zapatos de carne y eterno valor de espíritu.

Entre los cuatro o cinco escritores esenciales a Costa Rica (hay más, pero ya no lo son tanto) quizá sea "Magón", por las cualidades y rigores de su obra —despreocupada y en mangas de camisa como los anfitriones por sorpresa— aquél que se lleve las mejores palmas de la bendición popular, por ser más regional, con todos los defectos y virtudes que supone el nativismo llevado a extremo. "Allá donde va Magón va el alma de Costa Rica", dice el señor José M. Arce, albacea literario del escritor y fino y elegante crítico de su obra. Tiene razón. Fuera de Aquileo J. Echeverría, el poeta que sincronizó los latidos más entrañables del pueblo en una ejecución llena de maravillosas dicharacherías, no hay, en aquella tierra de mi infancia, escritor más costarricense, más familiar, más natío, que Manuel González Zeledón.

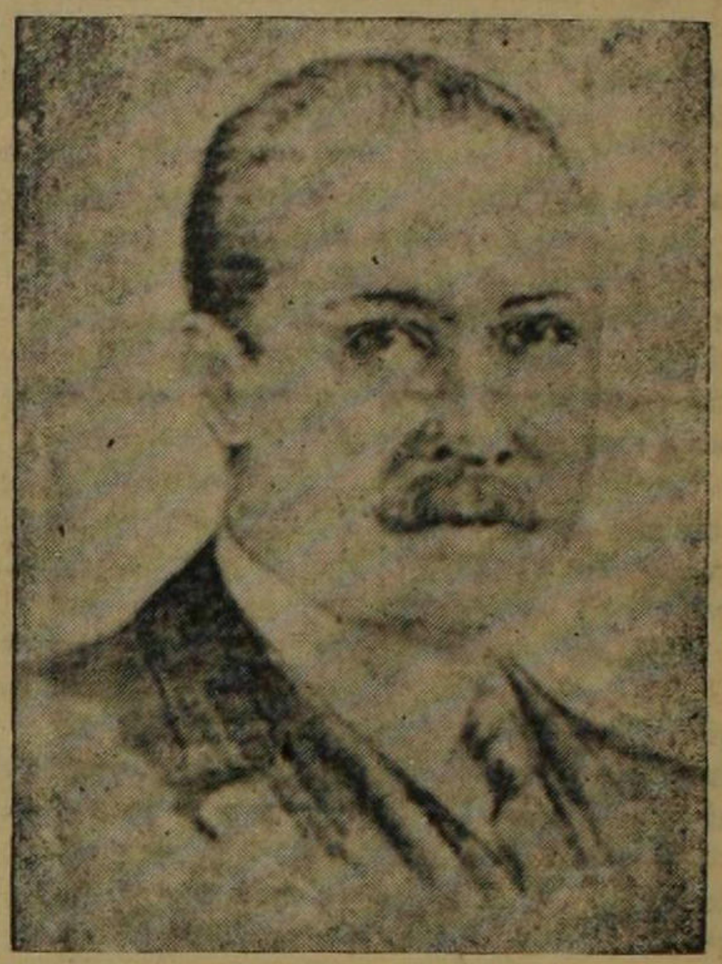
A lo mago grande, o *magón*, este hombre rescata los tesoros de la existencia colectiva y se lleva al oído mercados y hogares, velorios y jardines, plazas y lugarejos de beber, todo para escuchar los carnavales y las cuaresmas en que el idioma se desenvuelve. Ello sucede en una geografía que sin tener opulencias arquitectónicas, ni grandes complicaciones históricas, ni nada que no sea una aldea eternamente bañada y puesta a secar al sol, como piedra de río, cultiva dentro de sí, con amoroso gusto, el caudal de sus emociones particulares y un viejo y perspicaz sentido del humor, heredado quizá del andaluz y de la bonachonería del gallego.

Todo lo escuchó y lo observó "Magón", verdadero cazador del costumbrismo idiomático, en tal forma que a su muerte ya se había ganado el cotidiano nacimiento del nombre, y sobre todo, la simpatía de sus conterráneos, que supieron catar desde los primeros momentos aquella especie de milagro vernáculo que les venía a decir cosas vistas y sentidas, cosas por ellos respiradas y como enojosas de tan cercanas, pero cosas, cosiacas y cosillas que al perpetuarse en la escritura adquirían sentido nuevo, iniciaban el campo de las revelaciones y se tornaban, una vez hechas, en lozanos huertecillos que, antes eriales, suscitaban al ser leídos la envidia de muchos que habían mirado con desconfianza el "ciento por uno" de aquellos terrenos en agraz.

Leyendo este libro en donde para mí, las palabras del genio local adquieren más importancia que los argumentos, y las voces más prestancia que las figuras, caigo en la cuenta de que el folklore es un laboratorio filológico y no dramático. El folklore, al buscar los tonos diferenciales de una nacionalidad, tiene que apoyarse forzosamente en el habla común, tan ligera de academia como de ropas, y al apoyarse en ella, muestra lo inmarcesible de la corrupción. Se trata de un pecado virtuoso. También los regionalismos idiomáticos saturan los regionalismos del pensar, y así, al preguntarnos cómo reacciona el alma de un pueblo, debemos ir, entre otras fuentes, al palique, a su conversación extra-libro, porque en estas formas de comunicación corre a borbotones la malicia y se oculta la idiosincrasia.

¡Lástima que tales descubrimientos nos revelen adulteración constante, irreverencia, libertinaje, poco respeto a la propiedad de nuestra lengua multimillonaria! Estos vicios se presentan con más fuerza en aquellos países que no tienen dialectos indígenas, y es algo notable como fenómeno. Sabido es que Costa Rica, lo mismo que Buenos Aires, no usa el *tú*, sino el *vos*. Allí se zarandea el lenguaje que es un gusto. Un *os ruego no entréis* se oye como algo extraño, ajeno al común decir. A los oídos del pueblo, esa frase es extranjera, no llega a lo hondo y por tanto se queda en el aire de la simple dicción.

El nativismo, el floklorismo, las artes populares de nuestros pueblos son tanto más estimables en cuanto mejor expresen los defectos de expresión y sus peculiares euforias. Cada libro así concebido es un documento inapreciable para la construcción del gran diccionario de americanismos que esperamos vendrá algún día a decirnos las fluctuaciones de la lengua y los misterios en ellas encerrados.



Manuel González Zeledón
(Magón)
Dibujo de W. W. Roe.

Volviendo a "Magón": en él es tan saludable la prosa, que su lectura produce en mi ánimo no sólo una evocación, sino una inmersión, y grande, en el clima de mi enterrada pureza.

Las palabras que hace años y años no escucho en boca viviente ni impresa, están aquí, conmigo. Las saboreo como una golosina y las encuentro tan ricas, tan hermosas, que con sólo pasear los ojos ya recojo diamantes.

Y paro aquí, no vaya a ponerme más sentimental de la cuenta, no sin antes recordar lo que decía, a propósito de estas impresiones, el benemérito y joven portugués Fidelino de Figuereido: "Sólo las largas ausencias de la patria nos hacen sentir lo que el idioma significa para nuestra definición moral; al oír, al regreso, la propia lengua, hablada con su peculiar espíritu y las sutilezas de sus inflexiones melódicas, tenemos la sensación del músico, por largo tiempo desterrado de su instrumento familiar, al pianista que vuelve al piano, al violinista que vuelve al violín".

Séneca
Por *Velázquez*.

EXPERIENCIA SENEQUISTA

(En *Etica*. Buenos Aires, 26 marzo de 1948)

¿Es posible acercarse al tirano, rodearlo de consejas, poner en su instintiva crueldad una dosis de racional ternura, convocarle todos los días posibles y para sus oídos las voces del derecho, de la tolerancia, de los nobles beneficios? Lucio Anneo Séneca no se acercó al tirano. En verdad, pusieron en sus manos al niño que habría de gobernar, de hacer justicia, de comandar el estado. Para ello, trajeron al cordobés del destierro que transcurría, entre meditaciones de madura soledad en isla inhóspita, Córcega. Séneca en Roma es el maestro, el mentor del niño Domicio, hijo de Agripina, destinado a suceder al débil Claudio. ¿Cómo lo sucederá? Es cosa de Lucio Anneo Séneca el preparar, con su sabiduría de varón sabio, al sucesor. ¡Vaya maestro profundo! El niño —había escrito el maestro en uno de sus tratados— no deberá sufrir, jamás, ni humillación, ni servidumbre. ¿Educación para la libertad? Educación senequista del gobernante sabio, del buen tirano.

Al maestro y al niño, al maestro y al mozo se les vió dialogar en las tardes romanas. El cordobés hacía ofrecimiento de razones. Si al maestro le atemorizaba esa naturaleza impetuosa, soñadora de mandos, fábrica de futuras crueldades, que desde entonces se muestra en el niño y apunta en el mozo, no realizará Séneca otro propósito que apurar consejos y enseñanzas. Huír de la adulación. Dominar el orgullo.

En verdad, el maestro cordobés está solo, terriblemente solo, en los días romanos de Agripina y de ese aprendiz de tirano más que apren-

(Concluye en la pág. 354)

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "